

MARIO BELLATIN

EFECTO INVERNADERO

Si en Las mujeres de sal su joven autor ya había mostrado un talento poco usual para manejar con destreza un género tan exigente y aleatorio como la novela corta, en esta nueva incursión Mario Bellatin hace gala de un admirable dominio del arte de narrar.

Apelando a un lenguaje sobrio, preciso e incluso elegante, urde una trama compleja, adoptando una mirada distante y al mismo tiempo profunda, capaz de ahondar en personajes tan densos como ricos en matices.

El narrador no descuida nada: además del rigor en la caracterización, instala una atmósfera enigmática que por momentos parece velada por el sueño, dosifica hábilmente la intriga e impone una tensión en el relato que se apodera del lector de la primera a la última página.

Novela de un curioso realismo psicológico, Efecto invernadero incide en la naturaleza oscura de las motivaciones humanas con tal penetración que logra desplegar su apretada extensión en un variado abanico de significaciones. Y, como si esto fuera poco, en una suerte de roman a clé, Bellatin se permite abordar la controvertida existencia de uno de los personajes más singulares de la literatura y el arte peruanos del siglo XX, colocándola en el vértice de una novela corta fascinante, poderosa y de una indiscutible originalidad.

Guillermo Niño de Guzmán



Colección del Sol Blanco



JAIME CAMPESINO/EDITOR



Colección del Sol Blanco

dirigida por

Guillermo Niño de Guzmán y Jaime Campodónico

MARIO BELLATIN

EFECTO **INVERNADERO**



JAIME CAMPODONICO/EDITOR
LIMA - PERU

Primera edición: noviembre 1992



INVERNADERO

Editorial de la Universidad de Lima y Jaime Campodónico

Fotografía de carátula: Alicia Benavides

- © Mario Bellatin
- © Jaime Campodónico / Editor
Chavín 45 - Lima 5, Perú.
Telf. 312505

Impreso en el Perú



JAIME CAMPODÓNICO

EFFECTO INVERNADERO

A Reina María Rodríguez

Revisando un cuaderno de ejercicios, cierto profesor de Antonio encontró algunas indicaciones sobre la forma correcta de tratar a un niño. Los apuntes hablaban de las flores adecuadas, de la necesidad de tener cerca los objetos queridos y de las canciones que sirven para acompañar los velorios. El profesor leyó la afirmación de que así como los niños tienen la obligación de obedecer y cumplir sus deberes, así también están forzados a entregar a los padres sus cuerpos muertos.

Desde a PARTIR del día de la insepcción de Antonio, la madre dejó de lado el rechazo que le producía la intensidad con su capazo y en el diván de cuero negro volvió nerviosa su llegada a la casa. Busó cualquier excusa que el marido se veía a escondidas con otra mujer, pero que le interesara recibirlo tachando la imaginada nombre de la querida. El habitual senti-

EFECTO INVERNADERO

Revisando un cuaderno de ejercicios, cierto profesor de Antonio encontró algunas indicaciones sobre la forma correcta de enterrar a un niño. Los apuntes hablaban de las flores adecuadas, de la necesidad de tener cerca los objetos queridos y de las oraciones que sirven para acompañar los velorios. El profesor leyó la afirmación de que así como los niños tienen la obligación de obedecer y cumplir con los deberes, así también están forzados a entregar a los padres sus cuerpos muertos.

1

SÓLO A PARTIR del día de la concepción de Antonio, la Madre dejó de lado el rechazo que le producía la intimidad con su esposo y en el diván de cuero negro esperó nerviosa su llegada a la casa. Bastó conque supiera que el marido se veía a escondidas con otra mujer, para que le interesara recibirlo incluyendo la imaginada sombra de la querida. El habitual senti-

Fotografía de cubierta: Alicia Benavides

© Mario Bellata
© Jaime Compañón, Editor
Cuarto 65 - Lima 3, Perú.
Tel. 512865

Impreso en el Perú

miento de rechazo se transformó en una mezcla de desco y sumisión. También en la persistente fantasía de los cuerpos entrelazados en la pieza anónima donde sospechaba se concertaban las citas. Luego de abandonar al esposo, que no entendió muy bien aquel cambio de actitud, subió con rapidez a su dormitorio. Después de rebuscar en el ropero, sacó al balcón todos los paños menstruales que encontró guardados. Les vació el contenido de una ronera y prendió fuego mientras pedía perdón por comenzar a crear un ser regido por fuerzas oscuras. Tanto la gestación como el parto fueron normales. Es más, durante el embarazo sintió cierta tranquilidad que se inició después del pedido de absolución. Aquella calma, tal vez tuvo su origen en la expectativa de librarse por un tiempo de las crisis que sufría todos los meses. Salvo unos reiterados desajustes producidos por los difíciles períodos de la Madre, el niño pasó una infancia relativamente sosegada. Pero al cumplir los cinco años, ese hijo comenzó a enfermar de manera misteriosa. Antonio se negó a mover un brazo. Los médicos se limitaron a decir que era un mal de carácter nervioso. Uno de esos doctores, que tenía como norma aquella teoría de que lo similar cura lo similar, tomó el caso a su cargo. Ordenó un tratamiento radical, durante el cual Antonio debía mantener el brazo sano atado con una cuerda. Además debía lavarse, vestirse y comer sin la ayuda de nadie. La Madre sabía que los sufrimientos del niño iban a aumentar al aplicar el tratamiento. Mas la seguridad con que fueron impartidas las indicaciones, le dieron la fe suficiente para creer

que era el único modo de hallar la curación. A pesar de su certeza, a las pocas semanas comenzó a avergonzarse frente a las demás madres, quienes se sorprendían al ver a ese niño tambaleándose o haciendo movimientos absurdos para llevarse las golosinas a la boca.

Cincuenta años más tarde, Antonio decidiría que la Amiga y el Amante fueran los únicos testigos de su muerte. Dispuso un colchón en el cuarto con el objeto de contar durante la agonía con la presencia del Amante. Para la Amiga acondicionó en la sala dos pequeños sofás, uno contra el otro. Atento a ese Antonio confundido por el delirio, el Amante no pudo hacer más que pasar una toalla con alcohol por su frente. El médico que temprano llegó a la casa, aseguró que los síntomas del final eran evidentes. Antes de retirarse, aconsejó que se emprendieran los trámites necesarios. El Amante mantuvo una actitud controlada, que la Amiga sabía no iba a mantener después de Antonio muerto. Durante los últimos cuatro días, no la había dejado atender el cuerpo enfermo. El Amante fue el encargado de limpiar la piel de Antonio con una esponja húmeda. Se movió en forma rápida entre la cama y el baño llevando de un lugar a otro el agua, las toallas y las ropas sucias. Luego de la partida del médico, la Amiga miró hacia la cama y no pudo establecer la diferencia entre el cuerpo yacente y el mismo cuerpo cuando no tuviera vida. El tránsito podía darse como un simple cambio de tonalidades. Iba a desaparecer el color y, entonces, el rostro y las manos se confundirían con lo blanco de las sábanas. Para no enfrentarse a las manifestaciones de la muer-

te, la Amiga dejó al enfermo al total cuidado del Amante y salió de la casa. Dijo que iba a buscar el teléfono para llamar a la Madre. Pero aquella salida no fue más que una huida precipitada. Al cruzar la puerta de calle no pensaba sólo en la promesa que le hiciera a Antonio, de avisar a la Madre cuando sintiera la proximidad del fin, sino que estaba necesitando tocar una de las esculturas que se levantaban cerca de la casa de la Bajada.

La casa se mantuvo aislada los últimos cuatro días. La insistencia del Amante por cumplir las indicaciones de Antonio, hizo que las ventanas estuvieran cubiertas con paños negros. Los olores cotidianos se volvieron densos. Se mezclaron unos con otros y sin embargo cada uno mantuvo concentrado cierto olor rancio. De pronto, un sonido ronco que produjo la garganta de Antonio quebró lo pesado del ambiente. Asustado, el Amante abrió las puertas del dormitorio donde habían estado encerrados. Vio entonces una luz que provenía de la puerta de calle. La luz caía sobre el piso del vestíbulo e ingresaba acompañada de un sople de aire. Cuando aquella claridad entró en la habitación, los objetos comenzaron a confundirse unos con otros. Perdieron sus límites la silla de Viena, los frascos de medicina y las figuras de azúcar que Antonio había traído de México. Se fusionaron la sábana y el pecho del enfermo, la cama y la palangana de fierro enlozado que se mantenía en un rincón. Pero el Amante no soportó que Antonio formara parte de los elementos del cuarto. Por eso le quitó las ropas, lo arrojó al piso y comenzó a flexionar sus brazos y sus piernas. También lo frotó con los puños para evitar que

perdiera calor. Al ver que todo era inútil, corrió a la ventana y rasgó las telas que la cubrían. Antonio había planificado que la Madre lo descubriera rodeado por la silla de Viena, los zapatos amarillos manchados de barro y bajo el claroscuro ocasionado por los paños tapando la luz. La había imaginado entrando en la casa, seguida por la Protegida, para hallar el cuerpo en un estado previo al rigor mortis. Mas en su desesperación, el Amante en pocos minutos varió aquella escenografía. Primero descolgó las telas, luego borró el poema que se encontraba escrito sobre un espejo giratorio y finalmente arrojó con fuerza los frascos de medicina. La Madre se horrorizó al ver al Amante al lado del cuerpo de su hijo. La furia hizo que se atreviera a escupirlo en la espalda. El Amante tenía los ojos enrojecidos, la barba a medio crecer y los dedos sucios. La Madre lo persiguió hasta afuera y cerró la puerta una vez que lo vio cruzar el dintel. El cuerpo no estaba tibio ni envuelto en sábanas, como Antonio hubiera querido ser hallado, sino se encontraba rígido y luciendo la pierna y el brazo en extrañas posiciones. Disimulando su impresión, la Madre pidió ayuda a la Protegida para poner al hijo en la cama. En ese momento, la Protegida estaba preparándose para salir a escondidas y encontrarse afuera con el Amante. Pero al oír la voz de la Madre, supo que debía postergar su intención.

2

UNA HORA después de recibir la llamada de teléfono, la Madre entró con decisión a la casa para reclamar

el cuerpo de Antonio. En ese instante reconoció la presencia de la Serpiente Antigua que tanto le había impresionado cuando leía la Sagrada Biblia. Había llegado acompañada por la Protegida, quien fue puesta de rodillas y obligada a murmurar una plegaria de resurrección. Cuando la Madre pasó al dormitorio, vio que estaban desparramados los frascos de medicina y el azúcar con que fueron hechas las figuras mexicanas. En aquel momento sintió la libertad de hacer lo que le pareciera con el cuerpo del hijo. La muerte se lo devolvía después de cincuenta y cinco años. Le entregaba un cuerpo deforme, ajado por el tiempo y con principios de descomposición. Luego de tantos años tenía delante la carne muerta como Primera Inmundicia (Números 19, 13-22). A pesar de la diferencia entre el cuerpo que entregó y el que recuperaba, tuvo el placer de constatar el final de una penitencia a la que había sido sometida. La satisfacción que le produjo verse absuelta, estuvo debajo de la rudeza de carácter que mostró para llevar adelante ese trance. Con bastante brusquedad separó al Amante del costado de Antonio. Lo humilló arrebatándole el cadáver que, con la ayuda de la Protegida, puso encima de la cama. Una vez que el hijo estuvo lavado y vestido, la Madre le ordenó a la Protegida que fuera a llamar a los parientes. Luego comenzó a rezar en voz alta. Usó letanías recopiladas y aprendidas con esmero para ser puestas en práctica solamente en esa ocasión. La Protegida aprovechó la entrega mística para salir a mirar al Amante. Lo hizo caminando ligeramente encorvada. Desde que llegó a la casa, sintió que la

atmósfera le oprimía el pecho. Había empezado a sentir una creciente dificultad para respirar. Por eso, mientras la Madre rezaba, fue a la cocina para prepararse un vaso de agua hervida con sal. Tomó un trago prolongado y después llevó el vaso hasta afuera. En la entrada estaba el Amante, ovillado detrás de los muebles de bambú. La Protegida lo tocó en el hombro y dijo que les pertenecía el espacio donde Antonio había creado sus pinturas. El Amante se incorporó y comenzó a seguir a la Protegida por el costado de la casa. A un extremo de la entrada existía un corredor estrecho, en cuyos lados estaban alineadas algunas puertas. Una de ellas correspondía al taller. El cuarto era grande, pero no tenía una buena iluminación. Sobre el piso se extendía una capa formada por el polvo de las pinturas, papeles desmenuzados y algunas virutas de madera. En nada se parecía a la sala de trabajo representada en las imágenes que Antonio le regalaba a la Protegida. Estampas que mostraban a San Jerónimo traduciendo la Sagrada Biblia. El taller contaba con un tragaluz pequeño que daba al cerro junto al cual la casa había sido construida. Abajo se extendía el mar formando una playa amplia. En más de una ocasión los vidrios de colores del tragaluz, fueron rotos por bloques de tierra desprendidos. Antonio sabía que tarde o temprano el taller quedaría sepultado por un deslizamiento mayor. Repetidas veces había imaginado que un extraño miraba, a través de los barrotes del dintel, un interior totalmente destruido. Después de observar unos momentos, ese hombre caía y se lastimaba un pie. Antonio nunca

pudo descifrar el origen ni el simbolismo de la aparición, que se repetía cuando pasaba varias horas seguidas trabajando en su pintura.

La Protegida y el Amante encontraron sin llave el taller. Antes de entrar, la Protegida dijo que regresaría a la casa para recoger una jofaina y una jarra llena de agua. El hecho de ir por los artículos de limpieza, nada tenía que ver con la suciedad en los dedos del Amante. El agua tenía como único fin ser derramada por la cabeza y hombros desnudos de la Protegida. Tumbado sobre unos lienzos que ya nunca serían utilizados, el Amante vio cómo la mujer después de volver soltaba el pañuelo de su cabeza y se levantaba la falda delante de la jofaina que lucía diminutas flores en su borde. Contemplándola, el Amante fue pensando en las conductas condicionadas. Antonio le había descrito el rito que la Protegida le ofreció cuando por primera vez se encontraron solos. Posteriormente, tanto Antonio como el Amante fueron testigos de las abluciones con las que iniciaba sus visitas nocturnas a la casa de la Bajada. Mientras el agua caía por el cabello negro, el Amante se preguntó las razones por las que ese cuerpo le era indiferente. No se movió al sentir que era acariciado. Sabía que por más que se empecinara, esa mano iba a ser incapaz de hallar algo. Miró hacia abajo tratando de imaginar que él no era el hombre tendido. Quiso creer que eran otros el hombre y la mujer que se encontraban en una situación previa al erotismo. Recordó a una amiga francesa, la que cuando aún era un estudiante le permitía esconderse en una habitación aldeaña mientras recibía amantes ocasionales.

Pero le fue imposible establecer algún vínculo entre las siluetas que espío en las sombras y la mujer que tenía el cabello totalmente empapado. Al ver que todo esfuerzo era inútil, la Protegida se puso de pie para volver a agacharse y arrojar el agua que no había usado. El Amante se entretuvo viendo cómo el agua, al comenzar a correr, iba abriendo delgados surcos en el polvo de colores esparcido en el piso. La Protegida, con el rostro serio, extendió la falda con fuerza. Antes de salir y casi sin mirar al hombre, que se mantuvo en el suelo rodeado por el agua que iba empozándose, dijo que la fuerza del muerto le había negado la facultad de poseerla. Luego salió para cumplir la orden de congregarse a los parientes alrededor del cuerpo de Antonio.

3

SEGÚN ANTONIO, la Protegida era una joven que había desarrollado un asma persistente cuando la llevaron a vivir a la ciudad capital. Antonio notó que poseía el Estigma del Paria, el que habría adquirido de los caminantes sin destino con los que se cruzó mientras deambulaba por los alrededores de su poblado. Su cabello era largo, y lo más que la Madre pudo hacer en sus intentos de cortárselo, fue lograr que lo escondiera debajo de un pañuelo. La Madre hubiera querido recortárselo a la manera de las recogidas en los hospicios de monjas. Después, con un método inspirado

en las costumbres de Santa Rosa de Lima, encontró la forma de sacarle provecho a ese cabello atándolo con un clavo a la pared para evitar que se durmiera sin terminar sus rezos. La Protegida vestía con discreción: una falda y una blusa que llevaba detrás de un delantal. Usaba unos zapatos gruesos, obsequiados por la Madre, cuyas suelas duraban muchos años. Por efecto de la dificultad para respirar, el pecho lucía enjuto y se le marcaban los bordes del esternón. Había aprendido a obedecer al instante las órdenes de la Madre, pero las cumplía distraídamente. Podía estar arrodillada y al mismo tiempo, por ejemplo, estar concentrada en un pequeño zorro que en su poblado solía llevar atado a una cuerda. En aquel tiempo le gustaba hacer largos paseos por los alrededores, donde muchas veces se encontraba con algún caminante por quien habitualmente se dejaba seducir. Esos hombres casi siempre la seguían hasta su casa. La familia tenía entonces que salir a espantarlos y comprendía que por más que buscaran castigarla, la Protegida iba a continuar encontrándose con los caminantes o incluso con algunos vecinos del mismo poblado. Una carta enviada desde la ciudad, cambió totalmente el panorama. La Protegida era requerida para un trabajo como empleada doméstica. El día de la partida, la familia logró arrebatarse con dificultad el zorro y luego la subieron en un ómnibus donde estaban pintadas dos franjas rojas.

Apenas llegó, la Protegida fue puesta bajo el cuidado de la Madre, a quien en ese momento su hijo abandonaba por segunda vez. En esa oportunidad, la

partida de Antonio era motivada por una persecución de carácter político. A su regreso de Europa, donde viajó muy joven con la intención de aprender a bailar, puso en circulación una revista que fue requisada y sus autores perseguidos. Antonio fue buscado en casa de la Madre, quien hizo pasar a los agentes al gabinete de trabajo. Encima del escritorio se amontonaban algunos ejemplares de la revista prohibida. Sumamente preocupada, preguntó por el futuro del hijo una vez apresado. Sin contestarle, los agentes dijeron que revisarían la casa. La Madre se puso pálida. Los músculos del cuello se tensaron y maldijo a las energías que en esa misma habitación le habían hecho concebir un ser regido por fuerzas negativas. Con los músculos rígidos escuchó que varios otros agentes entraban en la casa. Oyó la forma cómo volcaban los muebles en el piso superior. La Madre se encontraba sentada en el diván de cuero negro queriendo conocer el paradero de su hijo. De ese modo podría esconderlo de manera definitiva. Lo llevaría a un lugar apartado donde lo preservaría ya no sólo de la policía o de los hombres que estuviesen tras su rastro, sino también de la influencia de la Serpiente Antigua (Apocalipsis 12, 7-12) que lo acechaba desde que nació. No podía saber que Antonio trataba de refugiarse en alguna embajada, donde pensaba ser acogido por las relaciones que mantenía con un grupo de diplomáticos. A los pocos días pudo salir con destino a México. Al conocer la partida, la Madre buscó inmediato consuelo en unos sacerdotes y especialmente en su hermana mayor. Desde entonces dedicó buena parte del día a recorrer distintas sacristías y al anochecer llegaba a casa de la

hermana. La experiencia con los agentes había sido más fuerte que la antipatía que le causaba la delicadeza de esa hermana, cuyo carácter se distinguía por su afán en resolver los problemas de los demás. Antes de tomar fuerza para enfrentarse nuevamente a la casa que la policía había desordenado, la hermana le recomendó la presencia de una muchacha. Es más, tomó la iniciativa y, sin que la Madre lo supiera, le pidió a la cocinera a su servicio escribiera una carta para que mandaran a la persona adecuada. A excepción de una sirvienta que trabajó pocos días, la Madre nunca había querido admitir a nadie. Aseguraba que la presencia de una persona ajena sólo podía traer problemas. Temía que fueran desapareciendo sus objetos y que la mujer tuviese amoríos que terminarían complicándose. Pero después de la segunda partida de Antonio, dejó de mostrarse inflexible y hasta llegó a gustarle que la aconsejaran. Por eso ofrecía detalles de los modales y preferencias del hijo, a quién veía manteniendo una conducta siempre al borde del escándalo. Contó acerca de las cartas de amor que había encontrado escondidas dentro de unos libros y de ciertos poemas que Antonio escribió una noche antes de quedar dormido. Los había leído temprano para romperlos antes que su hijo despertara. La Madre terminó aceptando la entrada de la muchacha en la casa, pero estableció como condición un período de prueba. Cuando le confirmaron la hora de llegada, esperó a la joven sentada en el diván puesto en el gabinete de trabajo. Había prendido las velas colocadas delante de las imágenes sagradas y rellenado los sahumeros para que olieran todos al mismo tiempo.

Aproximadamente a los quince días, la Madre empezó a preocuparse por unos accesos de asma que atacaban a la Protegida. Al comienzo quiso llevarla donde un médico, pero su hermana le recomendó un jarabe para los bronquios. Si bien aquella medicina logró calmar los accesos agudos, el cuadro asmático quedó como un mal constante. Cuando las dos mujeres estaban en silencio, el único ruido perceptible era el producido por el pecho de la muchacha. Los bronquios se convirtieron en una molestia constante que le impedía realizar labores pesadas. Ese pecho la hubiera inutilizado para una vida intrépida, pero ser la Protegida de la Madre era una ocupación que exigía poco desplazamiento corporal. Pese a todo, la enfermedad recrudesció cuando Antonio regresó de México. La noche del arribo, la Protegida sufrió un fuerte ataque que le hizo apoyar la cabeza encima de la camisa de dormir del recién llegado. Al notar con dificultades respiratorias a esa joven desconocida, Antonio recomendó la preparación de un vaso de agua con sal. También sabía que las hojas de marihuana fumadas en una pipa de agua abrían los bronquios. Sin embargo, la constante presencia de la Madre hizo difícil enseñarle a la Protegida la forma de hacerlo. Después de su vuelta, Antonio pasó unos cuantos días en casa de la Madre, quien le pidió se quedara a su lado para siempre. Señaló que podía hacer que la pensión del padre alcanzara para los dos. Llevando una vida tranquila, era posible que Antonio no tuviera necesidad de salir a trabajar. Además, prometió enseñarle a la Protegida cómo lavar y planchar sus camisas. Antonio arrugó los labios y, dándose vuelta, comenzó a sacar

los objetos que había traído en las maletas. Entre las ropas fueron apareciendo figuras de azúcar pintadas con colores fuertes. La Madre entrevió representaciones de huesos, dientes y manchas de sangre. De inmediato obligó al hijo a guardar esos objetos con el fin de hacerlos pasar la noche en el patio. Al día siguiente tendría que llevárselos. Luego de dar las órdenes quedó preocupada, pues temía que Antonio desapareciese junto con aquellos objetos. De pie, en el pasadizo que conducía al gabinete de trabajo, la Protegida escuchó la conversación que sostuvieron la Madre con Antonio. Después los siguió hasta el patio cargando la maleta más pesada. Esa misma noche, la Protegida entraría en el cuarto de Antonio. Pero antes pasaría por el patio con la intención de rebuscar en el equipaje. Sacó las figuras y las fue alineando en el piso de cemento. Le dieron risa las muecas que hacían las calaveras. Pasó los dedos sobre las bocas que enseñaban los dientes brillantes. Una imagen se había roto y en su lugar sólo quedaba un montón de azúcar. Le interesaron las figuras que mostraban accidentes de tránsito, con los brazos y piernas de los pasajeros diseminados por la carretera, y las intervenciones que ejecutaban médicos con los mandiles manchados de rojo. La figura que simbolizaba la antropofagia, donde se veía a un padre comiéndose el torso de su hijo, Antonio la había comprado minutos antes de conocer a un oficial del ejército que levantó las cejas al verlo con aquello entre las manos. Al terminar de tocar el contenido de las maletas, la Protegida se soltó el pelo y fue en busca de una jarra. Quizá Antonio intuyó la intromisión en el cuarto. Sólo así se explicaba que

estuviera despierto cuando fue abriéndose la puerta. Al ver a la Protegida llevando una jarra en la mano y mostrando dificultad para respirar, hizo que dejara la jarra en el suelo y atrayéndola hacia sí, logró que descansara la cabeza sobre su camisa de dormir. Al mismo tiempo, la Madre, agotada por la excitación que le produjo ver al hijo nuevamente, dormía en su habitación. Después de haberle pedido a Antonio que se quedara a vivir con ella, sintió rígido el cuello. Pero el agarrotamiento llegó al clímax cuando vio que Antonio, en lugar de contestarle, comenzó a sacar objetos fúnebres de la maleta. La Madre jamás hubiera imaginado que esa noche la Protegida entraría en el cuarto del hijo. Tampoco que días después empezaría a visitar la casa donde Antonio terminó instalándose. Luego de arrojar a la Madre, la Protegida salía tres noches a la semana. Tomaba el tranvía nocturno y cruzaba la ciudad hasta llegar a la casa de la Bajada. Desde la entrada gritaba el nombre de Antonio para que le abriera y la dejara entrar.

4

LO PRIMERO que hacía la Protegida al cruzar la puerta de entrada, era cerciorarse si estaba prendida la pequeña lámpara puesta delante de las imágenes de San Jerónimo. Las ventanas de la casa se mantenían abiertas aun durante los inviernos. En forma constante las habitaciones estaban bajo el influjo de una fuerte

corriente de aire. Por la ventana del baño entraba la brisa del mar y podía apreciarse lo negro del horizonte, así como la línea causada por la ruptura de las olas. También ingresaba el sonido monocorde y sin concesiones que producían las aguas. Frente a ese paisaje, Antonio pasó las horas que tuvo que soportar durante los últimos meses que le quedaron con vida. Después lo trasladaron a un hospital, donde estuvo internado cerca de dos semanas, y cuatro días antes de su muerte lo regresaron a la casa. Pero a su vuelta ya no pudo sentarse delante de esa ventana, sino debió quedarse acostado en la habitación oscurecida por el Amante. Luego de dar unas cuantas vueltas por los cuartos, la Protegida iniciaba las abluciones. Llenaba la jarra de porcelana que Antonio reservaba para su aseo personal. Con el cabello descendiendo hasta el borde de la jofaina, dejaba caer con mucho ruido el agua. Luego miraba a Antonio, quien movía la cabeza para no enfrentarse a unos ojos que lo esperaban. Mientras frotaba su cuerpo con una toalla blanca que ella misma llevaba, le pedía a Antonio o que la dejara sola con los libros que tuvieran ilustraciones o que le diera las llaves del taller. Después lo obligaba a irse a acostar, no sin antes dejarle encendido el pick-up preparado para oír los discos de 78 RPM que se apilaban en forma desordenada. Durante el tiempo que la Protegida permanecía en la casa, Antonio no podía dormir. Desde la cama escuchaba los silbidos de sus bronquios. Los oía mientras la muchacha recorría una y otra vez el pasaje que unía la casa con el taller de pintura. Antonio sentía también el manajo

de llaves agitado torpemente y el ruido de la cucharita removiendo la sal en el vaso. Sólo al amanecer oía cerrarse la puerta de calle. Adormecido por el mar del alba, Antonio volvía en esos momentos a recordar a una sirvienta que cuando era niño le mostró el pubis en forma inesperada. Que lo asustó pero que también tuvo la virtud, como lo reconocería después, de enseñarle la verdad de los cuerpos.

En la época del encuentro con la sirvienta, el padre acababa de morir. Precisamente para atenuar el desconsuelo propio de los días de duelo, la Madre decidió contratar a una mujer que despidió apenas puso en orden el funcionamiento de la casa. El padre había sufrido un ataque al corazón en la pieza que tenía alquilada para sus encuentros con la querida, quien tuvo que vestir y trasladar al muerto hasta un sillón antes de pedir ayuda. A pesar de conocer la verdad, la Madre mostró durante el velorio la actitud de una viuda que hubiese asistido al marido en su lecho de muerte, dando detalles de los momentos finales de su esposo. Repitió especialmente el mensaje dejado para su hijo Antonio. Pero a solas se desesperaba, principalmente porque la querida había sido una mujer vulgar. También porque la pieza que describieron los colegas del padre, quienes acudieron al llamado de la querida, no era la pieza que había imaginado. Los colegas llevaron el cadáver a la casa y lo metieron dentro de la cama matrimonial. Sólo después que estuvo acostado y vestido con su mejor pijama, procedieron a llamar al médico. La supuesta tranquilidad mostrada por la Madre, fue producida por un trabajo de

autocontrol ensayado durante unas horas. Los colegas llegaron con la noticia cuando comenzaba a anochecer. Actuaron sin pudor, se diría a sí misma la Madre después, contándolo todo sin omitir un solo detalle. Contestó que estaba preparada para recibir al esposo. Luego fue a sentarse en el diván de cuero negro. Allí revivió el día de la concepción de Antonio. Antes de aquella tarde, hacía cerca de dos años que era ajena a cualquier intimidad marital. Con el tiempo su actitud se transformó en una fuerte aversión hacia los acercamientos que alguna vez procuró su marido. Sentía que esos entusiasmos sorprendidos se debían sólo a la inercia de una vida en común. Pero la noche de la concepción fue diferente. Obedeció a una naturaleza que se rebeló de pronto. En ese momento desaparecían los ascos hacia el flujo seminal que, después de sus tempranas lecturas de la Sagrada Biblia, consideraba como la Segunda Inmundicia [Levíticos 15, 2-25]. Nunca descubrió por qué luego de imaginar los cuerpos de los amantes, decidiera restablecer la intimidad con el marido. Aprovechó que su esposo se aseaba después de haber pasado la tarde en la pieza que tenía alquilada, para recostarse en el diván y aflojar los cierres de su falda. No iba a permitir ser desvestida. Cuando sintió abrirse la puerta del gabinete, donde por orden suya el marido pasaba las noches, giró la cabeza en sentido opuesto. Mirando hacia la pared, se empeñó en olvidar el juramento de no dejarse tocar más por ese hombre. Apretó con fuerza los ojos cuando el marido, reponiéndose de la sorpresa que le causó verla acostada en el diván, intentó acariciarla. Mientras sentía las manos encima de sus ropas, intuyó la

presencia de la querida. La conocía, había seguido al marido cierta vez que lo vio contestando una llamada extraña. Tuvo la sensación no de ser acariciada por unas manos masculinas, sino por unas manos de uñas cubiertas con un esmalte resquebrajado. Durante los días siguientes, comenzó a mostrar un inusual interés por los asuntos sexuales. Varias veces se repitieron los encuentros en el gabinete de trabajo y pasó muchas horas echada en su cama dejando que la luz y la sombra variaran sobre su piel. El avance del embarazo, comenzó a atenuar aquel estado ajeno a su naturaleza. El crecimiento de la criatura hizo que fuera apareciendo cierta paz interna que se prolongó hasta después del alumbramiento. Pero a pesar de la tranquilidad que sintió, en ningún momento pudo olvidar el hecho de haber concebido en circunstancias extrañas. Lo había hecho con vergüenza y con unos deseos sexuales que prefería olvidar. Toda aquella culpa regresó con fuerza después del nacimiento de Antonio. En el período post-natal desapareció por completo la paz que la había acompañado durante el embarazo. Después del primer mes se acordó que todos los paños menstruales habían sido quemados y tuvo entonces que usar de emergencia los pañales del hijo. Curiosamente el niño no lloró durante la crisis de la Madre, quien olvidó por completo los horarios de las comidas. En un primer momento, el padre pensó en llevarle la criatura a la querida. Pero finalmente recurrió a su cuñada, quien en su afán de ser útil se llevó al niño a su casa. Aquella acción se repitió todos los meses, quedando así la Madre aliviada de la responsabilidad materna durante esos períodos. Aquella primera vez

estuvo tres días encerrada en su habitación. No quiso ver a nadie y rechazó la comida que la hermana le enviaba. La única presencia que permitió fue la de su marido, quien dos veces al día entraba en el dormitorio para limpiar y recoger los pañales que se acumulaban debajo de la cama.

5

LA MAYOR parte de los acontecimientos de su infancia, Antonio se los fue contando a la Amiga durante el invierno final. La Amiga muchas veces desconfió de la certeza de esos relatos. Había detalles imposibles de saberse con tanta precisión. Pero Antonio en varias ocasiones dijo que no importaba si los sucesos eran reales. Lo fundamental era tener una historia coherente y para eso era imprescindible la Amiga como interlocutor. La Amiga era francesa y había viajado al Perú con un acuarelista que conoció cuando trabajaba como marchante en París. En un primer momento, no le impresionó mayormente ese artista. Los trabajos mostrados le parecieron demasiado académicos. Se habían usado técnicas enseñadas en cualquier escuela de arte. La única diferencia estaba en que los modelos y los paisajes eran propios de las regiones andinas. Precisamente el hecho de ser peruano, como Antonio y la Pianista, la determinó a encargarse de las obras. Al poco tiempo se hicieron amantes y cuando el avance de la segunda guerra

amenazó la tranquilidad de los extranjeros, decidieron casarse y tomar un barco hacia Sudamérica. Al llegar alquilaron un cuarto amplio, que la Amiga siguió ocupando aún después que el artista la abandonó. El matrimonio continuó hasta cuando la Amiga necesitó la ayuda de Antonio para decidir un aborto. Para ese entonces, la Amiga había empezado a sentir indiferencia por el marido pero ser madre era una experiencia que había deseado desde siempre. Al saber que estaba embarazada, sin demora y llena de incertidumbre buscó a Antonio. Aquella circunstancia también fue una buena excusa para verlo en ese país desconocido. Poco después de su arribo al Perú, la Amiga se enteró que Antonio escribía artículos en los diarios donde atacaba el tipo de trabajo del marido, quien le prohibió visitarlo. Le parecía una exageración obedecerlo, pero consideró que en esa primera época era mejor no motivar un conflicto conyugal. Para que se deshiciera del niño, Antonio le asignó temporalmente la habitación principal de la casa de la Bajada. Le dio el cuarto amoblado con la silla de Viena, la cama sencilla y el espejo giratorio. En un pequeño altar se repetían las idénticas imágenes de San Jerónimo y encima de un anaquel de madera se alineaban las calaveras mexicanas. Antonio la había puesto en manos de un médico que conocía de tiempo atrás. Cuando llegó, nervioso y con un maletín en la mano, el médico dijo que haría la intervención sólo como un favor especial. Con el fin de tranquilizarlo, Antonio le ofreció una copa de cognac y lo llevó a recorrer la casa. Se demoraron más de una hora en

el taller de pintura. Mientras se encontraban entre los óleos a medio hacer, la Amiga se lavó el cuerpo tal como se lo habían ordenado. Después de salir del baño, vestida con una bata de entrecasa que encontró colgada detrás de la puerta, se acostó encima de la cama donde años después iba a morir Antonio. Se echó sobre las mismas mantas en las que los miembros inertes iban a ser flexionados por el Amante. Desde esa cama escuchó que Antonio y el médico regresaban conversando. Estaban refiriéndose a amigos en común y a fiestas a las que habían asistido juntos. El médico ya no evidenciaba el nerviosismo con el que había llegado. Incluso olvidó dónde había dejado el maletín. La Amiga empezó a dudar de su destreza. Sospechó, no tanto por el olvido del maletín, sino porque había visto su cuerpo demasiado adiposo, con las líneas desdibujadas en trazos redondeados. Había pensado en que carecía de sexo. Pero estando acostada en la cama, supo que nada podía hacer para negarse a la operación. La fuerte infección que se presentó después de unos días, hizo que se reafirmara en su idea de la relación entre la carencia de sexo y la poca habilidad profesional. Luego de un breve tratamiento, el médico logró controlar esa infección pero afirmó que órganos importantes se habían visto comprometidos. La Amiga y Antonio acudieron muchas veces al consultorio, pero la Amiga nunca notó que Antonio hiciera algún gesto. Se mantenía inalterable incluso cuando el médico insinuaba la posibilidad de quedar estéril. Lo primero que la Amiga pensó al oír al médico, fue que terminaba violentamente su anhelo

por la maternidad. En seguida tuvo presente a Antonio, a quien consideraba responsable de su estado. Se lo imaginó preocupado por la culpa. Tuvo ganas de decirle que no importaba, que no mostrara ninguna actitud melancólica. Mas cuando levantó los ojos para mirarlo, no vio aparecer en su rostro ninguno de los rasgos que esperaba. Notó que la estaba cogiendo de la muñeca más por cumplir con un acto piadoso que por una obligación de orden moral.

Sin embargo, a partir de aquel suceso la amistad entre Antonio y la Amiga no volvió a interrumpirse. Después de terminadas las clases que la Amiga comenzó a dictar en un instituto de idiomas, Antonio pasaba todos los días a buscarla. La Amiga había conseguido el trabajo apenas el médico se lo permitió. Consumían algo en la cafetería del costado y luego Antonio se iba sin decir a dónde. Los fines de semana, la Amiga dejaba su cuarto y se iba en tranvía hasta la casa de la Bajada. Si era verano, se entretenían sentándose en sillones de bambú de la entrada y mirando el paso de la gente que se dirigía a la playa. Los comentarios que producía el desfile de bañistas, variaban de acuerdo a los amigos presentes ese día. Sólo cuando Antonio, la Amiga y el Amante eran los únicos reunidos, podían llevar el humor hasta las últimas consecuencias. Una tarde cuando había varios amigos en la casa, Antonio salió de su cuarto con un frasco en la mano. Dijo que contenía una crema de belleza que había aprendido a fabricar en Francia. Luego obligó a todos los invitados a sentarse, les embadurnó la cara y los mantuvo inmóviles por más de una hora. La escena

de los amigos sentados en el suelo o en los sillones de bambú, se repetiría en varias ocasiones. Después de algunos meses, se descubrió que la crema no era más que un ungüento para las escaldaduras de los niños. Antonio trataba que los invitados se mantuvieran estáticos para leer con tranquilidad, adelantar en sus pinturas o para desaparecer con el Amante dentro de las habitaciones. Pero a medida que avanzaba la enfermedad final, las reuniones con los amigos fueron espaciándose cada vez más. Pese a que la última primavera fue una estación cálida, Antonio no pudo sobreponerse al frío que pareció nacerle de los huesos. Por eso hizo que llevaran uno de los sillones de bambú hasta la ventana del baño. Sentado en ese lugar, estaría protegido de los vientos sin renunciar a la contemplación del mar. Las indicaciones precisas que iba dando para la preparación de su muerte, hizo que el interior de la casa comenzara a trastocarse. La muerte de Antonio se transformaba en una muerte de ficción, comentó la Amiga con el Amante. Había sido muy bien pensada la posición del cuerpo yacente, así como el lugar de la silla de Viena y los zapatos amarillos. Nunca como en aquella época fue más utilizado el espejo que lucía un poema escrito con lápiz de labios rojo. Durante esa etapa, la Amiga notó que el único lugar que le había quedado a Antonio para poder sentir era el de su propia muerte. Ni siquiera la terca compañía del Amante significó algo importante, pues se reunió con Antonio demasiado tarde.

6

LO PRIMERO que hizo el Amante apenas arribó a la ciudad, fue ir hasta el cuarto habitado por la Amiga. Conocía la dirección de Antonio, había mandado cartas a la casa de la Bajada, pero le daba pánico presentarse sin compañía. Estaba más grueso y su cabello escaseaba ligeramente. Cuando en París fue abandonado por Antonio, el Amante se entregó con mucha energía a sus estudios literarios. Se habían separado amistosamente, haciéndose la promesa de volverse a encontrar. La certeza de un reencuentro, le sirvió al Amante para pasar con relativa tranquilidad los años de la guerra. Pensaba más en su nostalgia personal que en los sucesos que se desencadenaban a su alrededor. Sólo después de constatar los daños morales y físicos causados por la guerra entre sus conocidos, agradeció haber pasado todo aquel tiempo dedicado a sus conjeturas sentimentales y a sus estudios literarios. Encerrado en la casa de campo de su familia, sufrió las mínimas penurias aun en los años más duros. El haber soportado incólume ese período, fue quizá una de las razones por las que llegó a destacar en su oficio. Sacó ventaja al quedar fuera de competencia muchos de sus colegas. Gradualmente su nombre comenzó a hacerse conocido. Pero cumpliendo la promesa que se hicieron con Antonio, después de varios años postuló a una beca para hacer una investigación literaria en el Perú. Cuando se reencontraron, Antonio todavía no mostraba señales de estar

enfermo, pero ya no se trataba de la persona que tanto la Amiga como el Amante habían conocido. La estadía del Amante en la ciudad duró cinco años. Luego de vivir en la casa de Antonio, acompañarlo en su agonía y dejar publicado un libro como homenaje póstumo, el Amante hizo sus maletas y gracias a un trabajo otorgado por su gobierno partió hacia el Africa.

La Amiga conoció al Amante cuando en París frecuentaba el grupo de escritores que se reunía en los locales públicos de la calle donde vivía. El Amante era el encargado de hacer la crítica a los trabajos literarios. En un principio, aquel estudiante no fue para la Amiga más que un muchacho tranquilo, con un mechón de pelo cayendo sobre su frente. Pero una tarde en que la Amiga estaba reunida con los poetas jóvenes llegó el Amante y, parándose al costado de la mesa, le pidió que lo acompañara. Estaba vestido de negro y por el movimiento de las manos se veía que estaba nervioso. La Amiga se dejó conducir, prácticamente fue levantada de la silla para ser llevada hasta la puerta del baño de hombres. Al verlos, el encargado dejó la mesa de los perfumes y desapareció. El Amante le suplicó entonces que aceptara la compañía de un amigo. Viendo su asombro, rápidamente y en voz baja le contó que había conocido a un muchacho rumano mientras le compraban naranjas a un frutero de la calle. El rumano le había preguntado cuáles serían las más dulces. Comenzaron entonces a hablar de las formas cómo podían comerse esas frutas. El Amante lo invitó a un café cercano para seguir conversando. Tomaron asiento poniendo cada uno sobre sus rodillas

las bolsas de papel que el vendedor les entregó. Finalmente el muchacho aceptó acompañarlo al departamento. Tarde en la noche, luego de mezclar vino blanco con jugo de naranja, decidieron dormir. Ante una insinuación, el rumano contestó que le era imposible acostarse con un hombre. En seguida se echó desnudo en la cama y a los pocos minutos se quedó dormido. Al día siguiente ocurrió lo mismo, pero lo curioso fue que salvo en lo sexual mantenían una especie de romance. El muchacho se mostraba tierno y cariñoso. Había llevado su equipaje al departamento y le pedía consejos sobre cómo manejarse en la ciudad. Hablaba de su madre, viuda de un minero, quien le había entregado sus ahorros para que fuera a buscarse la vida en el extranjero. Ante la puerta del baño, el Amante le pidió a la Amiga que con su cuerpo completase el elemento que les faltaba. La Amiga, que encontró divertida la historia, creyó que se trataba de alguna broma a las que era tan aficionado el grupo de escritores. Queriendo saber hasta dónde serían capaces de llegar, la Amiga siguió al Amante al interior del baño. Cuando estuvieron ante la última puerta de los reservados, el Amante la abrió y señaló al rumano. Se trataba de un muchacho, casi un adolescente, rudo y grande. El Amante se acercó al oído de la Amiga para decirle que no se preocupase, pues le había pagado al encargado para que no dejara pasar a nadie. En ese instante, el rumano la cogió con fuerza de la cintura y la metió al reservado. La mujer quiso zafarse, pero se calmó cuando volvió a pensar que se trataba de una broma. Con mucho cuidado, los dos hombres comenzaron a besarla. La atención de la Amiga, sin embargo,

estuvo puesta sólo en los besos leves del Amante. A partir de un momento que no podría precisar, dejó de importarle saber si la situación se trataba de una broma. Se dejó llevar. De pronto, el rumano levantó los brazos y descargó un fuerte golpe en el rostro del Amante, quien al sentir el puño se cogió la boca y retrocedió unos pasos. Después de secar las mejillas de la Amiga, húmedas con la saliva del otro, el rumano comenzó a insultar al Amante ordenándole, además, que se fuera. Mezclando su idioma con el francés, dijo que le repelía su presencia. Pero el Amante no siguió retrocediendo. Se quedó mirando cómo la Amiga comenzaba a ser poseída. Luego de terminar, el rumano dejó a la Amiga con la misma brusquedad con que la había tomado. Salió con prisa, acomodándose sin cuidado los pantalones. Parecía tener mucho miedo, estar arrepentido por lo que había hecho. Antes de irse, señaló las gotas de sangre en el piso y rogó que no avisaran a la policía. En los días siguientes, no se atrevió a pasar por el departamento para recoger las maletas que había llevado. Dentro, el Amante encontró algunas fotos que mostraban aspectos de la vida en una comunidad minera. Se entretuvo todo un día mirando a las personas que habían posado, buscando encontrar parecidos con el muchacho que había conocido delante del frutero que vendía naranjas.

7

CIERTA TARDE de otoño, el Amante pasó por la pieza de la Amiga para invitarla a un concierto de piano.

Después del incidente en el baño, la Amiga y el Amante habían seguido viéndose en forma regular. De vez en cuando se reían del muchacho rumano, al que nadie había vuelto a ver. En aquel tiempo, uno de los intereses intelectuales del Amante era el análisis del aporte de los inmigrantes tanto a la literatura como a las demás artes. Por eso su entusiasmo hacia el recital de piano que iba a ofrecerse esa noche. Cuando llegaron a la audición, los demás invitados ya habían ocupado sus asientos. Luego de tocar las más representativas piezas compuestas por autores peruanos, la Pianista se paró, agradeció los aplausos y salió con dirección al tocador. Mientras caminaba, el Amante la abordó y le propuso conversar en otro lugar. La Pianista vaciló, se miró las manos y al ver unas marcas más claras en sus dedos pensó en los anillos que se había quitado antes del concierto. De alguna manera, había estado esperando una proposición semejante. Desde su reciente llegada a París, su estancia se había limitado a visitar distintas casas de gente latinoamericana. Deseaba conocer a otras personas, como el muchacho vestido de negro que se le había acercado y que hablaba correctamente el castellano. Sus padres la habían encomendado a unos amigos muy estrictos los que, controlando sus salidas, evitaban cualquier peligro. Sin embargo la Pianista quería hacer uso de su libertad y precisamente se había puesto de acuerdo con un primo suyo para que esa noche pasara a buscarla después del concierto. Aquel primo había llegado a Francia con la intención de matricularse en una escuela de ballet y le había

ofrecido llevarla a una fiesta que se iba a realizar en el hotel donde vivía. La Pianista levanto la cabeza y vio que el Amante seguía mirándola. Contestó que debían esperar al primo, a quien presentó como Antonio. Dijo también que había sido expulsado de la escuela de ballet cuando, en un ataque de celos, agredió con ambos brazos al primer bailarín. El Amante quedó tan impresionado con aquella presentación, que abandonó rápidamente el inicial interés que había tenido en la Pianista. Casi sin quererlo, la Amiga asumió la responsabilidad de esa mujer. Había algo en ella que estuvo atrayéndola desde que la vio sentándose frente al piano. Pero al mismo tiempo se trataba de algo que le daba miedo, quizá producido por saber que esa mujer provenía de zonas remotas. Tuvo la impresión de poder descubrir en ella ciertas verdades que buscaba desde niña. Días después, la Amiga supo que el extraño modo de comportamiento de la Pianista era sólo resultado de la lucha mental que sostenía la mujer con el fin de mantener el equilibrio.

Antonio aseguraba que la Pianista carecía de un talento determinado. Afirmaba que las horas dedicadas a la música eran más producto de su desesperación que de su genio. Luego de haber pasado juntas dos semanas, la Amiga descubrió que si esa mujer hubiera nacido sana jamás hubiera tocado ningún instrumento. La noche del concierto, la Amiga habló con la Pianista poniendo mucho énfasis en sus palabras. De ese modo le hizo saber lo interesante que le parecía su continente y que uno de sus deseos era visitarlo algún

día. La Pianista sonreía en forma serena y contestaba por intermedio del Amante. Decía que era cierto que su país era exótico y que tendría mucho gusto en recibirla cuando viajara. Viendo un comportamiento sumamente recatado, la Amiga se preguntó dónde podía estar la atracción que la mujer ejercía sobre ella. La crisis se desencadenaría después de unos días. Antonio, la Amiga, el Amante y la Pianista pasaron varias noches intensas. Compartieron el alcohol y el opio. Antonio sacaba las bolitas de opio y las ponía en la punta de una pipa de madera. Antes que la pipa pasara de boca en boca, hacía que todos se acostaran en alguna de las dos camas del departamento del Amante. Generalmente, la Amiga y la Pianista eran echadas en la cama colocada en el pasillo de entrada. Con los cuerpos unidos, abandonaban en forma rápida los umbrales de la realidad para ingresar en las formas que siempre se presentaban sobre un fondo azul. El efecto duraba varias horas y la Amiga aseguraba que los colores eran más brillantes cuando fumaba el opio al lado de la Pianista. Tenía su propia explicación: afirmaba que esa mujer estaba cargada con la energía propia de la zona donde había nacido. Al despertar, los cuatro sentían los cuerpos limpios. Antonio y el Amante, después de dejar correr el agua de la ducha por sus cabezas y sus cuellos, entraban en la cocina para preparar platos que sazaban con exageración. Luego se iban al hotel que Antonio compartía con una compañía de bailarines clásicos.

La Amiga y la Pianista también salían del departamento. Al hacerlo les sorprendía lo apagado de los colores cotidianos. En esos momentos les gustaba

visitar los bosques y los cementerios, así como sentarse en los cafés. Hablando en un idioma que habían adecuado para entenderse, la Pianista se refería a unas esculturas que en su país se levantaban en la zona llamada la Bajada. Describía sobre todo las formas de esas mujeres hechas con una piedra oscura. También hablaba del mar que se extendía debajo de ellas. Después, las dos se iban a la pieza de la Amiga. Se trataba de una habitación estrecha, de dimensiones menores al cuarto que años después alquilaría con su marido en el Perú. Con el dinero que ganaba entonces, hubiera podido arrendar algo mejor. Pero prefería esa pieza porque estaba cerca del departamento del Amante y porque en los locales públicos de esa calle se reunían sus amigos los poetas jóvenes. También porque era la parte de la ciudad donde quedaba la mayoría de los talleres de los pintores a quienes comercializaba sus obras. En aquella pieza las dos mujeres bebían hasta caer exhaustas. Pero llegó un momento en que la mente de la Pianista emprendió un ascenso sin límites. La mujer entró en un estado maniaco que llegó a su extremo cuando creyó ser capaz de saltar por la ventana sin sufrir el menor rasguño. Las tinieblas, unos paisajes poblados de árboles calcinados, se convirtieron en las visiones que la acompañaron durante sus pocos momentos de tranquilidad. Nadie hubiera podido imaginar que se trataba de la misma mujer que días atrás había ofrecido un tranquilo recital. La misma que se ruborizó cuando la aplaudieron y que dudó en salir a la calle con la pareja de extraños que se le acercó. Durante las crisis se convertía en una persona que no soportaba la presen-

cia de nadie cerca de ella. Los ataques se dirigían principalmente a la libertad de la Amiga. No quería separarse de su lado. La seguía cuando visitaba a los compradores de cuadros, quienes se incomodaban con esa extranjera que todo el tiempo interrumpía los tratos con acotaciones ajenas al contexto. También la acompañaba a los talleres de los pintores, donde en forma invariable pretendía seducir a los artistas para terminar huyendo ante el menor avance. Criticaba mucho a la Amiga, sus negocios, su capacidad de apreciación pictórica y hasta su forma de vestir. Cuando la Amiga se defendía, la Pianista dejaba la pieza y se iba a instalar delante de un piano amarillo que había en el hotel de Antonio. Si Antonio había salido, la Pianista hablaba con la dueña para que la dejara tocar. Se quedaba sentada durante varias horas seguidas y luego salía apurada para buscar nuevamente la compañía de la Amiga. Subía a toda prisa los seis pisos y tocaba la puerta en forma desesperada. Luego de unos días desconcertantes, la Amiga tomó la decisión de no seguir tolerando la locura de la mujer. Se creía una persona práctica y negada a soportar cargas afectivas de cualquier tipo. Pidió la ayuda de Antonio y del Amante, aunque ellos ya estaban al tanto del comportamiento de la prima. Antonio sabía de crisis anteriores y además la dueña del hotel se había quejado del maltrato que su piano estaba sufriendo. Se tuvo entonces que hacer las gestiones para que la internasen. El sanatorio se consiguió gracias al esfuerzo del Amante. Al verse obligada a permanecer en un cuarto donde había más de dos docenas de camas iguales, la Pianista, con fuertes gritos, comenzó a pedir la compa-

ña de la Amiga. Tuvieron que inmovilizarla atándole los brazos y las piernas. Extrañamente, en los días siguientes la sola mención de la Amiga le producía una fuerte ira. Los médicos recomendaron que no apareciera por el sanatorio la mujer que tanto obsesionaba a la paciente. Aunque la Amiga tampoco tenía la menor intención de visitarlo. Desde las vidrieras de una tienda de comestibles situada frente al hotel de Antonio, había visto cómo unos enfermeros sacaban a la mujer de la habitación donde la habían encerrado. Las manos de la mujer trataron de aferrarse a las paredes. Desde los pisos altos, los bailarines se asomaron unos momentos. Después de ver partir la ambulancia, la Amiga se propuso olvidar de modo absoluto.

8

DURANTE EL invierno final, Antonio fue leyendo lo que había escrito desde su regreso al Perú. Viendo los poemas, se preguntaba por qué no había encontrado sosiego en la casa de la Bajada. Quiso ser un corriente profesor de gramática, trabajo que encontró pocas semanas después de volver de México. Además buscó, gracias al orden y la limpieza, que su casa no se diferenciara demasiado de las vecinas. También intentó mantener una línea intelectual escribiendo ensayos que algunas veces fueron publicados en los diarios. El nivel cívico lo mantuvo mandando cartas

de protesta al zoológico y a la municipalidad. Antonio buscó formas que le permitieran ocultarse del escándalo. Pero bastaba que alguna situación interesante se creara en un baño o en alguna habitación anónima, para que apareciera sin control la fuerza que con su modo de vida trataba de esconder. En ese invierno le hubiera gustado comprobar qué tipo de interés tuvo por Royal Splendor. Por aquel joven que desapareció al tercer día de conocerlo en un bar del centro de la ciudad. Para Antonio se trató de un encuentro importante que, de haber ocurrido veinte años antes, lo habría llevado a hacer cosas para las que ya no le quedaban energías. Cuando Antonio y el Amante encontraron a Royal Splendor, se puso en práctica la actitud de dos hombres que buscaban fines más complicados que los mostrados en forma abierta. Aquellas señales que aparecieron tres tardes seguidas, hicieron que el muchacho desapareciera rápidamente. La huida lo convirtió en el inspirador de uno de los últimos poemas. También para provocar en el Amante una sonora carcajada. Mientras que para el Amante no fue más que un vértice para uno de esos triángulos sexuales sin trascendencia que acostumbraban formar, para Antonio la presencia de Royal Splendor significó algo más profundo. La redacción del poema hizo que nuevamente volviera la normalidad. Aquel fue el mismo mecanismo que Antonio utilizó ante su fracaso con el oficial del ejército que conoció en México el Día de Muertos. En aquella oportunidad escribió decenas de poemas. Sin embargo, esa vez no pudo librarse de pasar por un extenso período depresivo.

Cuando el oficial le prohibió que siguiera visitándolo en la guarnición militar donde estaba destacado, Antonio perdió temporalmente la conciencia. Pasó varios días en un estado más cercano a la muerte que a la vida. Su recuperación fue lenta. Tuvieron que pasar muchos meses antes que volviera la normalidad. Fueron sus amigos mexicanos quienes velaron por su restablecimiento. Se habían dado cuenta de su estado una semana después de iniciado el ataque. No habían extrañado su presencia porque pensaron que había hecho uno de sus habituales viajes a las zonas militares. Lo descubrieron gracias a una vecina, quien hizo abrir la puerta después de escuchar unos débiles gemidos que salían del interior. Antonio estaba acostado boca arriba y alrededor de los ojos se le habían formado unas concavidades oscuras. Tenía los brazos extendidos en cruz. Las paredes del cuarto estaban escritas. Con letras grandes se leía que México crecía alrededor de César. Ya con sus amigos cuidándolo, Antonio solamente se dedicó a leer lo que había escrito en la pared. Cuando después de dos meses comenzó a hablar, dijo que después de las golpizas que recibía quedaba aún más enamorado. También dijo que la última vez que el oficial lo visitó fue para amenazarlo. Apareció con la noticia que iba a casarse y que era capaz de dispararle un tiro si se cruzaba nuevamente en su vida. Alentado por los amigos, Antonio, para olvidar, comenzó a ir a unos bailes que se organizaban en una casa situada en las afueras. Asistía a pesar de estar convencido de lo inútil que era bailar en el salón donde había un piano cubierto

con un mantón de Manila, y hasta donde llegaban los olores de una cocina que se mantenía funcionando toda la noche. A las tres de la mañana, las parejas tenían que apartarse para dar paso a un show ofrecido por dos hombres vestidos como María Félix y Dolores del Río. La desesperación por su fracaso amoroso, lo llevaba a terminar embriagándose en esa casa adonde era conducido por sus amigos una vez terminado su trabajo como vendedor en una librería.

9

EN EL ÚLTIMO invierno, Antonio se refirió mucho al deterioro estético que su cuerpo iba sufriendo. Por eso, el primer acto que hacía en las mañanas era mirarse desnudo. Tenía un espejo giratorio de cuerpo entero sobre cuya luna se hallaba escrito un poema. Estuvo allí desde antes de la llegada del Amante a la ciudad. Antonio nunca reveló quién lo había puesto. Lo mantuvo como aparecido de la nada. El poema se refería a lo inciertos que son los reflejos tanto en los espejos como en el tiempo. A lo peligroso que se vuelve perseguir sus iluminaciones, quedando los hombres obligados a aceptar la convergencia de las imágenes en un solo punto posible: la muerte. Antonio convirtió en sagrados aquellos trazos. Muchas veces el Amante quiso borrarlos, pero el respeto que Antonio logró imponer hizo imposible cualquier profanación. Al levantarse en las mañanas, Antonio se

quedaba una hora o más delante de su propia figura. Con paciencia iba examinando el aumento de turbidez en los ojos, así como la flacidez en el cuello y en los músculos de las piernas. En ese invierno, Antonio y la Amiga más de una vez se encontraron hablando de las relaciones entre la belleza y la muerte. En un principio, la Amiga aseguraba que la muerte destruía en forma total cualquier belleza. Al oírla, Antonio acariciaba sus propios brazos. A pesar del frío que subía acompañando la niebla, Antonio usó camisas de manga corta. Sus brazos, que se movían ágilmente mientras hablaba, no mostraban músculos ni firmeza. Viendo a través de la ventana del baño, que era el lugar de la casa donde se reunían a conversar, Antonio una vez dijo que la belleza y la muerte guardaban la misma relación que el agua y los espejos. La Amiga no entendió las palabras, tampoco la sonrisa que las acompañó. Antonio continuó riendo mientras hablaba de las abluciones que realizaba cada mañana, del agua bajando por el pecho y la espalda desnudos. Se refirió al espejo, que chirriaba con cada movimiento, y a las letras rojas del poema. Volteó y le preguntó a la Amiga si no podía ser la belleza la que corrompiera a la muerte. Recién entonces la Amiga sonrió y miró por la ventana del baño. Un poco más abajo estaban las esculturas, ocultas parcialmente por la bruma. Una de ellas, la que durante la muerte de Antonio sintió necesidad de tocar, sólo mostraba los brazos y las piernas. Otra enseñaba una cabeza cuya frente lucía una venda delimitada por la niebla de la mañana.

Sentado delante de la ventana, Antonio escribió en un papel las indicaciones sobre lo que debía hacer con su cuerpo. Cuando terminó de anotarlas, guardó la hoja en un sobre y se la entregó a la Amiga, afirmando que esas instrucciones nunca iban a ser puestas en práctica. Sabía que cuando su cuerpo estuviera muerto iba a pertenecerle enteramente a la Madre. Estaba seguro que la Madre lo iba a entregar a la nada para que se iniciara la corrupción dentro de un cajón cerrado. La Madre se convertiría en la única persona con derecho a decidir la forma de desecharlo. Antonio hubiera querido que su materia fuera desvaneciéndose hasta formar parte de alguno de los cuatro elementos. Su mayor ambición era confundirse con las aguas. Con una amplia sonrisa iba imaginando el funeral con flores arrojadas al costado de su cuerpo. Se denominaba a sí mismo como la Ofelia Moderna. Cada vez que lo decía se frotaba con mayor fuerza los brazos desnudos. Se reía mucho pensando en lo complicado que sería embarcar el cadáver para llevarlo mar adentro. Veía a los amigos haciendo tratos con los pescadores para llenar sus barcas con flores y con un muerto reciente. Los ojos le brillaron cuando se dijo que no, que el mar no era el lugar adecuado. Prefería desvanecerse en las aguas de las lagunas que aparecían al sur, en medio de los desiertos. Afirmaba que las lagunas no tenían la fama de devolver los cuerpos a las orillas. La segunda prioridad era el aire o el fuego, ser despedazado por las aves o convertido en ceniza. Pero desaparecer por medio de las aves, significaba un tiempo largo de exposición en un campo alejado, para evitar que los demás sintieran el olor de

la carne descomponiéndose. Le parecía un abuso de confianza se hicieran cargo de esa forma de desaparición. Con respecto a ser incinerado, sabía que muchos huesos, principalmente los del cráneo, quedaban carbonizados pero no convertidos en ceniza. La sola idea de pasar por la acción de un molinillo lo aterrizzaba. Finalmente aceptaba ser enterrado, pero sin la mediación de un ataúd. Los cajones cerrados le parecían una aberración de la cultura. Quizá porque estaba seguro de no poder evitar ser introducido en un ataúd, guardaba con tanto esmero las figuras mexicanas que consideraba se burlaban de la muerte y sus rituales.

10

EL CADÁVER de Antonio fue trasladado en una camioneta gris. Lo llevaron al velatorio de un hospital cercano, donde estuvo exhibido por más de veinte horas. Sujetando un balde en la mano, la Protegida se admiró con la práctica mostrada por los empleados de la funeraria. Entre dos sostuvieron una sábana por sus extremos y, con un movimiento brusco, consiguieron hacer un bulto con el cuerpo. Desde que vio a los empleados, la Protegida volvió a sentir la opresión en el pecho. Por eso dejó el balde en el suelo y salió a recoger el vaso a medio llenar que había dejado en la entrada de la casa. Se lo tomó de un solo trago. Después fue a la cocina a hervir más agua. Llenó una pequeña olla de metal, que encontró limpia en

medio del desarreglo y la suciedad que habían causado la Amiga y el Amante por acompañar a Antonio en su agonía. Cuando el agua hirvió, llenó el vaso y le echó un puñado de sal. Bebió a sorbos lentos, sintiendo el calor y la sal astringiéndole la boca. Sabía que para obtener un alivio mayor era importante no perder la calma. Pasaron unos minutos. Mientras experimentaba una levísima mejoría, escuchó que en el dormitorio principal la Madre cambiaba opiniones con los parientes que se habían congregado en la casa. Se deliberaba sobre el lugar apropiado para el velorio. Los parientes insistían en que lo adecuado era la casa de la Madre. Pero en forma disimulada, la Madre daba excusas para evitar que le llevaran ese cadáver con principios de descomposición.

Los ruidos de objetos rompiéndose, muebles arrastrados y conversaciones fragmentadas fueron escuchados por el Amante, que se mantuvo en todo momento en el taller de pintura. A través de la puerta entreabierta, observó la llegada de los parientes que la Madre había ordenado llamar. Los parientes se quedaron cerca de una hora y cuando los empleados de la funeraria cargaron el cuerpo, salieron dejando solas a la Madre y a la Protegida. Antes de la llegada de los parientes, la Madre tuvo la fuerza suficiente para terminar con lo poco de escenografía que se mantuvo después de la destrucción cometida por el Amante. La Madre desgarró los trozos de paño negro que aún colgaban de las ventanas. Sólo entonces el sol entró sin ningún impedimento. Con la misma fuerza destruyó las imágenes de San Jerónimo, las que según ella

habían sido utilizadas en ritos profanos. Sobre el piso de madera quedaron retazos de tela y fragmentos de cerámica, que fueron pisados por la Protegida mientras cumplía las órdenes que la Madre iba dictando. Sin mirar hacia la playa, la Protegida levantó los muebles de bambú que habían estado decorando la entrada. Al hacerlo se acordó de las visitas nocturnas a la casa. Después de gritar el nombre de Antonio, ingresaba y hablaba principalmente del ánimo de la Madre que había dejado durmiendo. También contaba detalles de los incidentes domésticos y de los ritos que se cumplían puntualmente. Hablaba, además, de los recursos usados por la Madre para mantener al hijo alejado del mal. Por medio de rezos, pedía que fuera vencido el Amante y derrotados los extraños seres que visitaban la casa a la cual tenía prohibido acercarse. Antonio le ocultó a la Madre la existencia de la enfermedad final. De ese modo pretendió negarle la posibilidad de convertirse en una Madre doliente ante el cuerpo moribundo de su hijo.

Al ver que la Protegida terminaba de acomodar los muebles en una ruma, la Madre le ordenó que descolgara los cuadros. A la Madre le causaban repulsión los tonos de rojo usados en los óleos y las atrevidas mezclas cromáticas que ignoraba eran obra de Antonio. No podía permitir que los parientes, quienes no tardarían en llegar, encontraran las paredes con semejantes cuadros. Sin embargo, al ver el descolgamiento de las pinturas disminuyó la fuerza que la había invadido al entrar en la casa. Le pareció que algo se mutilaba, pero no tenía idea de qué. Para evitar que la Protegida la viera en aquel estado de debilidad, se

encerró en el baño. Encontró el piso cubierto con restos de tela y de cerámica. Se tropezó levemente con el sillón que aún no había ordenado poner en la ruma de muebles que la Protegida había levantado. Delante de la ventana del baño, comenzó a ver el mar con la distorsión que producen las lágrimas. Poco a poco logró calmarse y recuperar algo de su energía. La consolaron las olas que vio moviéndose sin sentido. Comprendió que estaban cumpliéndose preceptos divinos. En una vida posterior, Antonio iba a verse liberado del mal que lo había acompañado desde que fuera concebido. Mirando hacia el mar, adquirieron su verdadera dimensión los sucesos que se habían desencadenado después que recibió la llamada de la Amiga anunciando la muerte. Cuando la Madre y la Protegida entraron en la casa, esperaron encontrarse con el cadáver sobre la cama. Pero lo vieron en el suelo y abrazado por el Amante. Pese a su edad, la Madre se acercó donde el Amante y lo obligó a pararse y a retroceder hasta lograr que se ovillara en un rincón de la entrada de la casa. A la Protegida le asustó pensar hasta qué punto podía llegar la Madre con su furia. Cuando pusieron el cuerpo en la cama, notaron que la sábana lucía una silueta más oscura, ocasionada quizá por los cuatro días que Antonio pasó tendido. Durante las cuatro jornadas que duró la agonía, los objetos del cuarto no sufrieron grandes cambios. Se mantuvieron intocados el traje doblado encima de la silla de Viena y la palangana de fierro enlozado que el Amante llenaba con agua luego de hacer el amor. Continuaron en un anaquel de madera las figuras que representaban calaveras, ataúdes y escenas de autopsias ejecutadas

por médicos de mandiles manchados. Sólo variaron los contenidos de los frascos de medicina que estaban en la mesa de noche. La luz en ese cuarto fue igualmente monótona, pues el Amante cumplió con la promesa de colgar paños negros de las ventanas. Solamente cuando era noche declarada, permitía que se encendiera la lámpara de luz tenue que la Protegida usaba para iluminar las imágenes de San Jerónimo. Mientras tanto, afuera se iba acumulando el polvo encima de los muebles de bambú puestos en la entrada que dominaba el mar en toda su extensión.

II

NADA DE LO que pudieron contarle a la Madre acerca del hijo, significó una sorpresa mayor. Había leído, con espanto al principio, los primeros poemas y las primeras cartas de amor. La noche cuando salió al balcón para quemar sus paños menstruales, el ciclo se encontraba sin estrellas y había una luna pesada y amarilla. Imaginó entonces las escenas más escandalosas y los actos peores protagonizados todos por el hijo que tuvo la certeza sería varón. Después de unos años, el padre comenzó a llevar al niño a la pieza de la querida. A pesar que era un secreto, la Madre sospechaba de las visitas. Sin embargo, esperó unos meses para actuar. Por distintos detalles, tales como la alegría con la que Antonio regresaba o por las manchas de chocolate en su rostro, la Madre concluyó

que a esa mujer le agradaban los niños. Un día en que Antonio volvió más excitado que nunca, la Madre, que lo estaba esperando en la puerta, sin mediar explicación lo condujo al lavadero del patio. Mientras lo inducía a vomitar, le fue diciendo que esa mujer lo había tratado de envenenar. Aterrado ante lo que podría sucederle, Antonio confesó que la mujer le había dado un trozo de pastel. Luego se echó a llorar abiertamente. Rodeando con sus brazos el cuello de la Madre, dijo que no quería morir. La Madre se zafó de los brazos con brusquedad y sosteniendo al niño en el aire continuó haciéndolo arrojar. Un mes antes de la muerte, Antonio habló en el hospital con la Amiga acerca de la alteración que sufrió la Madre cuando descubrió que visitaba a la querida. Antonio siempre creyó en la honestidad de la Madre, por eso la disculpaba afirmando que había estado confundida en la forma de sobrellevar la existencia del hijo. Antonio habló de la desesperación del vómito, porque durante algún tiempo le introdujeron sondas para alimentarlo. Le dijo a la Amiga que las dos sensaciones eran similares. Aunque también dijo que prefería el horror del niño al del hombre acabado y sumido en la incertidumbre mientras era tratado en el hospital.

Con el paso de los años, la Madre fue constatando su certeza sobre la naturaleza de su hijo. Lo verificó con las desordenadas informaciones que le llegaban de Antonio en el exilio. Algunos viajeros le contaban del tipo de vida al que se había entregado como bailarín en París. La Madre misma pudo comprobar el estado casi

